

La buena letra de la Compañía. Lecciones de escritura de Pedro Flórez, Santiago Gómez y Lorenzo Ortiz (entre otros).

Ana Martínez Pereira
Universidade do Porto

Volvemos a recordar en estas líneas a esos niños que el profesor Víctor Infantes nos dejó con la cartilla leída y bien aprendida, aunque yo no puedo recurrir a la memoria de la experiencia, ya que mi primera caligrafía la emboironé en un colegio franciscano.

Recuperamos, entonces, ese aula de primeras letras en los colegios de la Compañía, a través de algunos textos que, si bien no son específicos para estas escuelas, alguna evidencia hay de que sus maestros los emplearon con los alumnos. Ayer nos hablaron de los textos más primordiales del aprendizaje lector, las cartillas y doctrinas, y hoy completaremos esa formación elemental con las nociones básicas de la escritura.

Queremos imaginar que el curriculum del aula de primeras letras en los Colegios de la Compañía era idéntico al de las escuelas municipales o parroquiales (en el caso de las comunidades más pequeñas): lectura, escritura, aritmética, y doctrina cristiana¹. El orden en el aprendizaje de estas materias, especialmente en lo que se refiere a la lectura y la escritura, variaba según el maestro, como vemos reflejado en algunos de los manuales de escritura que recordaremos a lo largo de esta comunicación y en otros que, hoy, quedan fuera de nuestro interés².

¹ Ver León ESTEBAN y Ramón LÓPEZ MARTÍN, *Historia de la enseñanza y de la escuela*, Valencia, 1994, 261-379, donde tratan del curriculum de la escuela elemental con amplitud. Ver también Ricardo SÁEZ, *Enseignement et petites écoles au tournant du XVI^e siècle à Tolède: des textes aux pratiques*, in *La Formation de l'enfant en Espagne aux XVI^e et XVII^e siècles*, Paris, 1996, 163-164, y Víctor INFANTES, *La educación, el libro y la lectura*, in *La Cultura del Renacimiento (1480-1580)*, (coord. Víctor García de la Concha), in *Historia de España de Menéndez Pidal*, Madrid, 1999, t. XXI, 11-15.

² Otros calígrafos y maestros como Pedro Simón Abril, Juan de Iciar, Juan de la Cuesta y Ventura de Ávila, se suman a las opiniones de Ortiz, Gómez y Bautista de Morales (presentes en este artículo) sobre la conveniencia de aprender ambas habilidades a un tiempo.

El análisis de cartillas y artes de escribir impresos (o manuscritos) en los dos siglos contemplados en este coloquio, nos indican que el método habitual era instruir al niño en los primeros rudimentos de la lectura para, después de conocer las letras por su forma y sonido, pasar a la práctica de la escritura. Sin embargo algunas propuestas metodológicas particulares defendían una enseñanza simultánea o incluso proponían que la escritura se anticipara a la lectura, por ser un ejercicio más acorde con las inclinaciones infantiles, como leemos en la obra del Hermano Lorenzo Ortiz, de la que trataremos a continuación:

«Digo, pues, que (...) con suma facilidad, y sin perder un instante de tiempo se pueden aprender a un mismo tiempo estas dos cosas. La práctica será: hazerle el primer seguidor de las letras del A B C como están en la cartilla en su orden (pero formadas como letra cursiva, y no como de molde) y que como fuere escribiendo, las vaya conociendo; que como el escribir le da tiempo, con facilidad se hará capaz de sus nombres, hechura y conocimientos»³.

De nuevo el profesor Infantes nos recuerda en este mismo volumen la escasa atención que la Compañía prestó a la enseñanza elemental, pero la realidad es contradictoria en este punto de la pedagogía jesuita. Se ha leído, analizado y escrito mucho sobre ese capítulo IV de las *Constituciones* en las que ya aparecía mencionada, como posibe, la enseñanza de las primeras letras en los colegios de la Compañía, siempre bajo determinadas circunstancias y alejado del interés primordial de la Compañía⁴: «Enseñar a leer y escrebir también sería obra de caridad, si hubiese tantas personas de la Compañía que pudiesen atender a todo; pero por falta dellas no se enseña esto ordinariamente»⁵. Este segundo plano en que el propio Ignacio de Loyola colocaba a las primeras letras, es posiblemente el motivo de la poca atención que ha recibido el tema a lo largo del tiempo. Incluso de nuestro tiempo, al menos teóricamente.

³ Lorenzo ORTIZ, *El maestro de escribir*, Venecia, 1996, 16.

⁴ De ello nos hablan Miguel BATLLORI, *San Ignacio y la fundación de los jesuitas*, in *Historia de la educación en España y América. La educación en la España Moderna (siglos XVI-XVIII)*, (coord. Buenaventura Delgado Criado), Madrid, 1993, 59; y José MARTÍNEZ-ESCALERA, *Órdenes religiosos docentes: Los colegios de jesuitas*, in *Historia de la educación en España y América. La educación en la España Moderna (siglos XVI-XVIII)*, (coord. Buenaventura Delgado Criado), Madrid, 1993, 421; Antonio MESTRE SANCHÍS, *Humanistas, políticos e ilustrados*, Alicante, 2002, 38-39.

⁵ Cito por *Constituciones*, parte IV, [451, 2-3], p. 559, in Ignacio de LOYOLA, *Obras*, Madrid, 1991. Ver Josette RIANDIÈRE LA ROCHE, *La formation de l'enfant par les jésuites. L'exemple du Collège d'Ocaña*, in *La Formation de l'enfant en Espagne aux XVI^e et XVII^e siècles*, Paris, 1996, 189-214, que cita esto mismo en 193.

No hay ninguna duda sobre la preminencia de los estudios de gramática en las escuelas elementales de la Compañía: su curriculum, con los métodos y los textos, está perfectamente especificado en la *Ratio*. Sin embargo, al menos en la Península Ibérica (los datos son muy similares en España y Portugal)⁶, observamos un elevadísimo porcentaje de colegios jesuitas con maestro (o maestros) de primeras letras. Entre los datos ofrecidos por José Martínez Escalera⁷ en cuanto a la dotación de los colegios de la Compañía en el momento de su expulsión de España en 1767, entresacamos un total de 65 escuelas jesuitas con maestro de primeras letras, de un total de 115 que ofrecían enseñanza básica; es decir, casi un 60%

¿Quiénes se dedicaban a esta enseñanza primera en los colegios de la Compañía? En principio, parece que no era extraño que los jóvenes que terminaban los estudios en el colegio se dedicaran un tiempo a la enseñanza infantil, pero posiblemente su destino fueran las aulas más elementales de gramática⁸. El papel de maestro de primeras letras solía atribuirse a los coadjutores, que no poseían los grados mayores de la Compañía, y tenemos noticia, además, de algunos ayudantes muy jóvenes que compartían con el maestro las tareas de corrección y vigilancia. Estos correctores, diferentes a los otros «correctores» que infringían los castigos⁹, también se escogían, como estos, entre los seglares o alumnos mayores que destacaban en el aula¹⁰. Ese es el caso de uno de los calígrafos aquí recordados, Cristóbal Bautista de Morales, como veremos a continuación.

En el título de nuestra comunicación adelantábamos los nombres de tres calígrafos, o más exactamente, tres maestros de escritura vinculados a los jesui-

⁶ Bernabé BARTOLOMÉ, *Las escuelas de primeras letras*, in *Historia de la educación en España y América. La educación en la España Moderna (siglos XVI-XVIII)*, (coord. Buenaventura Delgado Criado), Madrid, 1993, 188: En un informe al padre Nadal sobre los alumnos en las escuelas jesuitas de Coimbra, se dice que hay más de doscientos «de leer y screvir» en 1561; la cifra sería de 340 en 1562.

⁷ José MARTÍNEZ-ESCALERA, *Órdenes religiosas docentes...*, 428-439.

⁸ «Cualquier joven jesuita, si no existían razones serias para una excepción, había de dedicarse a la enseñanza de los niños después de terminar sus estudios teológicos o el noviciado», en Bernabé BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, *Los colegios de jesuitas y la educación de la juventud*, in *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España I: Edades Antigua, Media y Moderna*, Madrid, 1995, 644-682, cita en 654.

⁹ Otro tipo de ayudantes, seglares, eran los «correctores», quienes infringían los castigos a los niños, ya que estaba prohibido que lo hicieran los padres; esta recomendación contenida en la *Ratio* nos la recuerda Bernabé BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, *Los colegios de jesuitas...*, 656-657.

tas. Sin embargo es necesario precisar su relación con la Compañía, – diferente en cada caso – y añadir dos nombres (o tres) a la breve nómina.

Siguiendo un orden cronológico nos encontramos con las obras de Pedro Flórez, Juan Bautista de Morales, Fernando de Narváez, Santiago Gómez y Lorenzo Ortiz; podemos añadir el nombre de Francisco Pérez de Nájera, perteneciente a la Compañía, que editó su obra, en este caso una *Ortografía* básica, con el mismo impresor que Flórez, 8 años antes y en Valladolid.

Empecemos con el arte de escribir de Pedro de Flórez, *Método del Arte de Escribir*, Madrid, Luys Sánchez, 1614. Obra en formato folio, con seis hojas de preliminares y 12 folios de texto teórico que preceden a las láminas con estarcidos para el aprendiz. Es obra poco conocida, nada estudiada, y mencionada por unos pocos bibliógrafos cuyos datos son repetidos por otros posteriores¹¹. Tan sólo dos ejemplares localizados, en Madrid y Nueva York, con interesantes diferencias que afectan no sólo al número de láminas, sino a las intervenciones y lectura posteriores: el ejemplar de Madrid, que perteneció a Santiago Palomares, conserva jugosas anotaciones de su mano en las que manifiesta con claridad (excesiva, en ocasiones) la opinión que le merecía la obra y sus propios conceptos caligráficos¹².

En la portada ya nos indican una singular característica del volumen: el autor es Pedro Flórez, padre jesuita¹³, pero quien solicita la licencia y quien costea la impresión del libro es Francisco Flórez. Esta situación extrañó a Nicolás Antonio, que en su *Bibliotheca Hispana Nova* duplica la entrada bajo los nombres de Francisco y de Pedro, y así lo repite Emilio Cotarelo, que nunca vio ejemplares de la obra¹⁴. Este Don Francisco Flórez, como él mismo se presenta en las palabras que dirige al lector, es hermano del padre Pedro Flórez, pero ajeno él mismo a la Compañía:

¹⁰ José MARTÍNEZ-ESCALERA, *Órdenes religiosas docentes...*, 438, donde refiriéndose a los profesores que había en el colegio de Villagarcía del Bierzo, dice: «Eran siete los maestros jesuitas de humanidades y gramática y dos de primeras letras, ayudados por seglares».

¹¹ Estas informaciones bibliográficas pueden leerse en la tesis inédita, Ana MARTÍNEZ PEREIRA, *Manuales de escritura de los Siglos de Oro*, Madrid, 2005, ff. 230-238.

¹² Este ejemplar se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid: ER/1036; de las manos de Francisco Javier de Santiago Palomares pasó a las de Torcuato Torío de la Riva, aún en el siglo XVIII, antes de reposar en la BN.

¹³ Según Backer – y como ya dijo Nicolás Antonio – entró en la Compañía con 19 años, en 1574 (y murió en Toledo en 1619): ver Augustin et Aloys de BACKER / Carlos SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, Bruxelles/Paris, 1890-1900, 9 vols., Flórez en vol. III (1892), col. 804.

¹⁴ Nicolás ANTONIO, *Bibliotheca Hispana Nova*, Madrid, 1783, vol. I, 426 y vol. II, 1932 [Hay edición facsímil, Madrid, 1996.]; Emilio COTARELO, *Diccionario biográfico y bibliográfico de calígrafos españoles*, Madrid, 1913-1916, vol. I, nº 354 y nº 359.

«Mi hermano el Padre Pedro Flórez, religioso professo de la Compañía de Jesús, por el voto particular que los tales hazen, celando la enseñanza de la juventud como cosa en que consiste el reparo, o estrago de la República, a ratos hurtando algunos de otras ocupaciones, pensó y dispuso el método, estarcidos, y reglados referidos en el título. Pareciome haría un gran servicio a Dios nuestro Señor, y a todos los Reynos de su Magestad, si los sacasse a luz»¹⁵.

Dedica el libro al príncipe Felipe, futuro Felipe IV, de quien tenemos un grabado representado de cuerpo entero, aún niño (tendría nueve años en 1614). Sólo enseña un tipo de letra, la bastarda, la de uso común en el siglo XVII, con reglas generales primero y muy precisas para el trazado de cada uno de los caracteres, ilustrado todo ello con grabaditos insertos entre el texto. No es nuevo el sistema, ya lo presentaron así otros calígrafos anteriores: Juan de la Cuesta en 1589¹⁶, y antes aún Pedro de Madariaga, en 1565¹⁷ y Francisco Lucas, en 1571¹⁸ y en ediciones posteriores de su manual, ampliadas, en 1577, 1580 y 1608¹⁹.

Tampoco es nueva la idea de ofrecer al alumno muestras de letras huecas para ejercitarse en su trazado al rellenarlas con la tinta. Ya lo hicieron Simón Abril y Andrés Brun, y no debía de ser práctica extraña en las escuelas²⁰. Lo que sí tiene de novedoso este manual es la presentación de todas las láminas de este modo: todas sirven al alumno de pauta de escritura, y sobre ellas debe ejercitarse. Lo justifica diciendo: «Que es intolerable yerro, y aun pienso que común, escribir una plana con dibuxo, y otra sin él, una con seguideros o estarcidos, y otra sin ellos: porque con esta contraria y confusa alternación se aturden y encabrian los niños, y aun los mayores»²¹. Ofrece además una explicación muy precisa sobre el uso de estas láminas y la organización, con ellas, de las clases de escritura en una escuela. Se entiende que sus estarcidos se vendían en hojas sueltas – o tal vez en cuadernillos, como los actuales cuadernos de caligrafía – a muy bajo precio, para que cualquiera pudiera practicar en ellos su caligrafía²².

¹⁵ Pedro FLÓREZ, h. 5v

¹⁶ Juan de la CUESTA, *Libro y Tratado para enseñar leer y escribir*, Alcalá, 1589.

¹⁷ Pedro de MADARIAGA, *Libro Subtilissimo intitulado Honra de escrivanos*, Valencia, 1565.

¹⁸ Francisco LUCAS, *Instrucción muy provechosa para aprender a escribir*, Toledo, 1571

¹⁹ Francisco LUCAS, *Arte de escribir*, Madrid, 1577; Madrid, 1580; Madrid, 1608.

²⁰ Pedro Simón ABRIL, *Tablas de escribir bien y fácilmente por letra colorada*, Madrid, 1582; Andrés BRUN, [*Arte muy provechoso para aprender de escribir perfectamente*], Zaragoza, 1583. Sobre este método remito de nuevo a mi tesis inédita, *Manuales de escritura...*, ff. 101-102 y 132-133.

²¹ Pedro FLÓREZ, f. 10v.

²² En la misma tasa del libro se especifica esta situación de venta: «... y en este dicho quadero no van tassados los estarcidos, ni reglados que en el se trata, porque andan de por si (...)», FLÓREZ, h. 3v.

Creo que la inclusión de estas muestras que servían al mismo tiempo de modelo y de soporte para el aprendizaje, tiene mucho que ver con la ausencia casi completa de este libro en bibliotecas actuales: un libro que no es de consulta, sino de trato y maltrato diario, no tiene otro destino que la destrucción temprana²³.

Finalmente se puede sumar a esta particularidad de formar todo su manual con reglados y letras huecas, una nueva ventaja sin duda nada despreciable en 1614, y es la que expresa Christóval Alonso en la *Aprobación* de esta obra: «Digo lo tercero, que la enseñanza del arte de escribir común a grandes y a chicos, será más breve, menos trabajosa, menos costosa, y aun más decente para las donzellas, y todo género de gente que professa retiramiento: pues la podrán aprender sin otro maestro que el de la Teórica y estarcidos»²⁴.

Extrañamente vemos cómo no fue él mismo quien dibujó las letras de sus muestras, sino otro gran maestro calígrafo, Felipe de Zavala, y el grabador fue el no menos insigne Villafañe²⁵. La belleza de la letra de Zavala se puede (o más bien, se podía) disfrutar en el ejemplar manuscrito (con láminas impresas en rojo) de este manual que, realizado sobre pergamino con tintas de cuatro colores, fue ofrecido a Felipe III, pasando después a la colección del discípulo de Velázquez, Luis Paret. Perdemos la pista al ejemplar – aparte de la mención de Torío de la Riva y la repetición de esta información por parte de Emilio Cotarelo²⁶ – hasta su inclusión en el catálogo de venta de la biblioteca de Hutton en la casa de subastas Sothebys, venta realizada el 27 de Marzo de 1972, cuya descripción refleja perfectamente la excepcional ocasión para la que fue realizado²⁷.

A lo largo de la lectura (y visión) de este manual, no vemos nada que nos indique un uso específico en las escuelas de la Compañía. El hecho de que su autor fuera padre profeso de la misma, y que sin duda él empleara este método con sus alumnos, no permite generalizar su sistema y extenderlo a otras escue-

²³ En los dos ejemplares conservados el número de láminas difiere notablemente, ya que uno de ellos (el de Madrid) añade repetidos varios cuadernillos, y muchas de las muestras están usadas, emborronadas de tinta con mayor o menor precisión.

²⁴ FLÓREZ, h. 4v. Lo que nos interesa de la cita es que declara ser un libro que facilita el aprendizaje sin maestro, otra cuestión habitualmente debatida en los siglos XVI, XVII y XVIII.

²⁵ Aunque Elena PÁEZ RÍOS, *Repertorio de grabados españoles en la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1981-85, 4 vols, al hablar de este grabador en el vol. III, 250-251, sólo menciona su trabajo caligráfico en la obra del padre Flórez, también abrió las láminas de la *Nueva Arte* de Pedro DÍAZ MORANTE, Madrid, 1616.

²⁶ Torcuato TORÍO DE LA RIVA, *Arte de escribir por reglas y con muestras*, Madrid, 1798, 63 y Emilio COTARELO, *Diccionario biográfico...*, vol. II, 156.

²⁷ SOTHEBY & Co., *A Fine Collection of Calligraphic Books and Manuscripts. The Property of Mrs. E. F. Hutton, New York City*, London, 1972. Interesantísimo catálogo de la subasta celebrada el 27 de Marzo de 1972.

las. Los manuales de escritura colaboraron en la uniformización de la letra de uso común, la bastarda, y propiciaron la discusión de algunas técnicas pedagógicas – conveniencia o no del uso de la letra grande, los estarcidos, leer y escribir al mismo tiempo, sistema de premios y castigos en el aula, que no es de exclusividad jesuita – pero dentro y aun fuera de algunas reglamentaciones sobre puntos concretos²⁸, cada maestro aplicaba los materiales y métodos que consideraba más adecuados. Así lo hace Pedro Flórez, sin ninguna alusión a un hipotético intento de generalizar su método dentro de la Compañía, pretensión que sí veremos en Santiago Gómez.

El segundo autor que presentamos en nuestra nómina caligráfica es Juan Bautista de Morales y sus *Pronvnciaciones generales de lenguas, ortografía, escuela de Leer, Escriuir y Contar, y Sinificación de letras en la mano*, (Montilla, Juan Bautista de Morales, 1623). Su obra no es exactamente un arte de escribir, aunque él mismo en su dedicatoria a don Alonso Fernández de Córdoba afirme «ofrezco a V.E. este breve tratado de leer, escribir, y contar», materias que completaban el curriculum de las escuelas de primeras letras y que en muchas ocasiones (sobre todo con posterioridad a esta) se vieron unidas en un único volumen destinado al uso del maestro, como se expresa en esta misma obra, que se edita «para que algunos de su profesión se aprovechen, aprovechando a sus discípulos»²⁹.

Para aumentar nuestra culpa al introducir un espúrio manual de escritura, añado que Juan Bautista de Morales no fue jesuita, ni el volumen fue impreso en ninguna imprenta jesuita (motivo este que también podría traerlo a estas líneas). La razón por la que hemos recordado a Morales es que esta obra de la que es impresor y solicitador de la licencia³⁰, él mismo se la atribuye a su hermano Cristóbal Bautista de Morales, repitiendo la historia de los hermanos Flórez que hemos visto anteriormente.

²⁸ Como la prohibición de que se emplearan en clase muestras de otros profesores, compradas ya impresas o manuscritas.

²⁹ Juan Bautista de MORALES, f. 1v. Estos compendios escolares (de los que la obra de Juan Bautista de Morales no es buen ejemplo) fueron haciéndose más habituales a partir de la segunda mitad del siglo XVII. En estas páginas tenemos una perfecta muestra en la obra de Santiago Gómez; otras de este tipo serían las de José de CASANOVA, *Primera parte del arte de escribir todas formas de letras*, Madrid, 1650, y Diego BUENO, *Arte nuevo de enseñar a leer, escribir y contar príncipes y señores*, Zaragoza, 1690 (todas en el siglo XVII; más numerosas serán en la centuria siguiente).

³⁰ Las aprobaciones y licencias están fechadas en 1618 y 1620, solicitadas por Juan Bautista de Morales, aunque la obra fue impresa en 1623, como expresa el colofón: «Impresso en Montilla, por Iuan Batista de Morales, su autor. En la Calle de la Imprenta, Año de MDCXXIII».

En este caso debo continuar cargándome de culpas, ya que tampoco Cristóbal de Morales, el primer autor (este seguro y nada celestinesco), parece que fuera jesuita. Y sin embargo, su presencia hoy aquí está plenamente justificada, a mi entender, ya que su trayectoria formativa y profesional está íntimamente ligada a la Compañía. En los primeros folios de la obra, Juan nos hace una breve semblanza de su hermano Cristóbal, fallecido a edad temprana y entre cuyos papeles se encontró este manual ahora impreso. En esta introducción biográfica leemos:

«Enseñóse en Montilla (lugar principal del Marquesado de Priego en el Obispado de Córdoba) en las Escuelas de la Compañía de Jesús. Fue discípulo del Hermano Juanes de Jáuregui, aprendió todas formas de letras, y su maestro confesó le fue igual en el redondo (...): quisolo mucho por conocer en él partes que prometían sería grande maestro.

Mostrólo en que aviéndolo mudado a la ciudad de Cádiz, para que en las Escuelas de la Compañía de Jesús della enseñase, procuró llevarlo a ellas, como para que supliese la falta que su muerte avía de causar, pues fue dentro de un mes de [cuando] llegó; quedó mi hermano en su lugar enseñando los discípulos que dexó. Que para exageración de la satisfacción que dél se tuvo, digo que en este tiempo no tenía catorce años, y era seglar, que en fiando los Padres de la Compañía de Jesús esta Escuela dél, se conoce su suficiencia.

Estuvo en ella algunos días; después, siendo de veinte años, tuvo escuela en Sevilla, en los Talabarteros. Su poca salud fue causa de que se recogiese a su casa y patria; tuvieron noticia en Aguilar dello y lo obligaron con muchas ventajas y buen partido a que allí enseñase, y fue donde yo le conocí con Escuela.»

Inmediatamente siguen unas interesantísimas, por precisas, indicaciones sobre el funcionamiento de su escuela, donde es evidente que la enseñanza más importante era la de la escritura, sin descuidar la lectura, cuyo aprendizaje era simultáneo³¹.

Pero lo que nos interesa ahora no es el método de enseñanza – de nuevo una aplicación particular de un maestro dentro de unas normas generales establecidas – sino el periplo juvenil de nuestro maestro calígrafo. Alumno en el colegio de la Compañía en Montilla, donde sus buenas mañas con la pluma lo ascendieron a discípulo y ayudante del maestro. Al ser este trasladado de colegio – situación demasiado habitual dentro de los usos de la Compañía³² – se lleva

³¹ En el *Prólogo*, que ocupa los 7 primeros folios, es donde se ofrece toda esta información, seguida del silabario, ortografía y aritmética.

³² Miguel BATLLORI, *Los primeros colegios de los jesuitas en España*, in *Historia de la educación en España y América. La educación en la España Moderna (siglos XVI-XVIII)*, (coord.

con él al alumno aventajado, supuestamente para que continúe sus estudios en la nueva escuela, en Cádiz, y permanezca a su lado como ayudante. Tampoco esta es una situación anómala: tenemos noticias de la costumbre de escoger alumnos aventajados como ayudantes. En Cádiz el maestro muere y el ayudante debe ocupar su lugar en la escuela, y creemos que aquí sí se produce una extraña situación, ya que nos encontramos con un maestro de 14 años responsable de la clase de primeras letras en la Escuela de la Compañía de Jesús en Cádiz, ciudad de no poca importancia. Y además, seglar, con escuela en Sevilla a los 20 años. Si bien la contratación de seglares estaba contemplada, excepcionalmente, en las *Constituciones* de Ignacio de Loyola, no creo que sea este el caso previsto por el padre fundador, tratándose de un adolescente y de una ciudad principal como era Cádiz. Nos queda la duda sobre el tiempo durante el que se prolongó esta situación: si fueron «algunos días», como leemos en la introducción, y entonces estaríamos frente a una solución de urgencia ante la muerte repentina del maestro principal; o si estuvo allí hasta «los veinte años», como también leemos en la *Introducción*.

De cualquier manera, tenemos aquí la obra de un alumno y maestro de primeras letras que ejerció en colegios jesuitas, y fue en ellos donde aprendió y desarrolló su capacidad caligráfica, motivo más que suficiente para justificar su presencia en esta comunicación.

De la tercera obra que la cronología jesuítica nos acerca tenemos poco que decir: *Nueva enseñanza y arte travada con la qual Don Fernando de Narváez enseña a escribir con brevedad la letra bastarda. Año de 1640 En San Francisco de Xauier de Napoles, de los Padres de la Compañía de Jesus. Se enseña con plática theorica y geometria.*

La única noticia de este libro nos la ofrece el último catálogo publicado de la colección de Samuel Pepys en el Magdalene College, en Cambridge³³. El libro de Fernando de Narváez que aparece catalogado en el tomo IV no aparece en ningún otro catálogo anterior a 1989 de esta biblioteca. A la emoción por el descubrimiento de un ejemplar de un manual de escritura absolutamente desconocido por la crítica, la bibliografía, y la historia de la caligrafía, siguió una tre-

Buenaventura Delgado Criado), Madrid, 1993, 78, refiere las numerosas quejas, por parte de los padres de los niños que estudiaban en los colegios jesuitas, sobre la excesiva movilidad de los maestros. Una de las razones de esta movilidad era que muchos de los maestros eran jóvenes jesuitas que interrumpían los estudios, tras los tres años de artes, para empezar los estudios teológicos en una universidad, aunque no fue esta la situación del maestro de Cristóbal de Morales en Montilla.

³³ *Catalogue of the Pepys Library at Magdalene College-Cambridge. IV Music, Maps, Calligraphy*, Cambridge, 1989, 5 t. en 7 vols. La referencia en t. IV, *Calligraphy*, 27.

menda decepción por las condiciones de conservación del ejemplar. Como era costumbre en Samuel Pepys cuando adquiría libros con grabados, también en este caso desechó el texto y agrupó las láminas (9 en total, contando la portada) en las páginas 347-351 de un volumen con varias obras caligráficas. Eso es lo único que hoy conocemos de este arte de escribir cuya historia hemos intentado rastrear a partir de la correspondencia que Pepys intercambió con su sobrino John Jackson durante el viaje que este realizó por Europa, viaje costeadado y alentado por el tío.

En el catálogo bibliográfico de la colección Pepys en Magdalene College, en la entrada de Fernando de Narváez, se informa de que en la correspondencia de Pepys editada por Tanner³⁴, se habla del manual de Fernando de Narváez en una carta enviada por Jackson fechada entre el 12-23 de marzo en un indeterminado año de 1699 ó 1700³⁵.

Leída esta interesante correspondencia en la que continuamente se habla de libros comprobamos la cita indirecta a la obra de Narváez. Samuel Pepys coleccionaba retratos grabados de personajes ilustres, portadas y frontispicios de libros, y «copy-books». Durante los dos años que John Jackson viajó por Europa financiado por Pepys (pasando por Francia, Italia, España, Portugal y más tarde Holanda), este le encargó la compra de todo tipo de grabados de temas religiosos y costumbristas, especialmente de España y Portugal, así como libros raros y todos los que encontrara de escritura. Son continuas las referencias a compras y visitas a librerías en la correspondencia mantenida con su sobrino durante estos dos años³⁶. La carta que nos interesa, enviada desde Roma, sólo apunta a un libro editado en Nápoles, pero sin precisar dato alguno: «I have not yet mett with your copy-book, but have brought 2 others from Naples»³⁷. Se

³⁴ J. R. TANNER, (ed.), *Private correspondence and miscellaneous papers of Samuel Pepys 1679-1703, in the possession of J. Pepys Cockerell*, New York, 1926, 2 vols. Hay otras ediciones parciales de su correspondencia, pero esta es sin duda la mejor en cuanto al orden de las cartas, transcripción y volumen publicado. Sus diarios también están publicados en una edición en 10 tomos de 1893 (y casi un siglo después, en 1972): *The Diary of Samuel Pepys M.A. F.R.S. Clerk of the Acts and Secretary to the Admiralty, transcribed from the shorthand manuscript in the Pepysian Library, Magdalene College, Cambridge, by the rev. Mynors Bright M.A. Late Fellow and President of the College, (notes by Lord Braybrooke, additions by Henry B. Wheatley F.S.A.)*, London/Cambridge, 1893, 10 vols.; y han sido parcialmente traducidos y publicados en castellano: *Samuel Pepys. Diarios (1660-1669)*, Sevilla, 2003.

³⁵ En el catálogo de la Pepys Library ya mencionado se nos da una referencia sobre la compra de este libro: «John Jackson's letter to Samuel Pepys, 12-23-Marzo, 1699/1700», en J. R. TANNER, *Private correspondence...*, vol. I, 302.

³⁶ Algunas, que nos interesan especialmente por tratarse de libros de escritura, en J. R. TANNER, *Private correspondence...*, vol. I, 247-250, 272-273, 287-288, 299-305.

supone que uno de estos dos libros de Nápoles es el de Fernando de Narváez, editado en esa ciudad en 1640.

Volvamos ahora a esta ciudad, a la edición, y al autor: Don Fernando de Narváez. No tenemos constancia de que fuera jesuita, ni su tratamiento en el título del libro así lo indica. Sin embargo edita su obra en una de las imprentas que la Compañía poseía para la edición de sus propios textos, aunque más habitual era que lo hiciera en otras imprentas, casi siempre menos costoso que mantener taller propio³⁸. ¿Por qué se imprime esta obra en la imprenta del Colegio de San Francisco Javier, en Nápoles? Posiblemente la lectura de esos textos que Pepys eliminó de su ejemplar nos daría la respuesta, pero sin ellos sólo nos queda la posibilidad de la fantasía. Como dice Bernabé Bartolomé en su trabajo dedicado a las imprentas jesuitas, la finalidad de estos talleres era «servir, de modo inmediato y a moderado costo, a la práctica de devociones populares y al ejercicio de las enseñanzas»³⁹. Si consideramos este interés podríamos pensar (o fantasear) que Fernando de Narváez era maestro seglar en la escuela jesuita de Nápoles; o quizá maestro de algún grupo de niños españoles que acudían a esa escuela de San Francisco Xavier o tenían alguna relación con ella. Quizás la obra de Narváez cumpliera la misma función que la *Cartilla y Doctrina cristiana* que Manuel Beltrán editó en ese mismo año de 1640 en Milán: «Y hallando falta de Cartillas para los hijos de españoles, con las cuales pueden aprender a leer y parte de la Doctrina Cristiana y ayudar a misa, heme resuelto volverlas a estampar»⁴⁰. No podemos saber cuál era la relación precisa de Narváez con la imprenta de la Compañía en Nápoles, y el silencio que ha rodeado a esta obra prácticamente desde su edición nos revela una distribución muy limitada.

³⁷ «I have not yet mett with your copy-book, but have brought 2 others from Naples. More or less of the lertice-seed I presume you have received, according to your direction, in the place of sand-dust; I may continue the same method, but I'm afraid to no great purpose», en J. R. TANNER, *Private correspondence...*, 299-305, cita en 302: Carta de Jackson a Pepys, n° 195, Rome, 12-23 March, 1699-1700.

³⁸ Bernabé BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, *Las librerías e imprentas de los jesuitas (1540-1767): Una aportación notable a la cultura española*, in *Hispania Sacra*, 40 (1988), 315-388, especialmente 330-348.

³⁹ La pretensión de los jesuitas al fundar imprentas era «servir, de modo inmediato y a moderado costo, a la práctica de las devociones populares y al ejercicio de las enseñanzas. (...). La circunstancia de que las necesidades de surtido de libros escolares pudiera ser cubierta por impresores e imprentas seculares no forzó en general a la Compañía a tener que establecer las suyas propias», Bernabé BARTOLOMÉ, *Las librerías e imprentas...*, 335; aunque muchas veces le resultaba más rentable imprimir a sus expensas en otras imprentas, 346.

⁴⁰ Víctor INFANTES y Ana MARTÍNEZ PEREIRA, *De las primeras letras. Cartillas españolas para enseñar a leer del siglo XVII y XVIII*, Salamanca, 2003, vol 1, 266 y ss., cita en 268; 3-4 en el original.

Avanzando en este recuerdo de los calígrafos jesuitas llegamos a Santiago Gómez, *Preceptos de la pluma en diversas formas de letras y Gobierno de la Escuela, con todo lo perteneciente a la primera institución de la Cristiana niñez en la virtud y en formar las letras, y el magisterio para enseñarlas. Dedicado a la Sagrada Religión de la Compañía de Jesús por el H. Santiago Gómez, Religioso de la mesma Compañía, natural de Guillamil, en la Limia, Obispado de Orense*, (manuscrito, Monforte / Santiago / ¿Madrid?, 1648-1672).

Se trata de una obra en formato folio que es un completo compendio escolar, dividido en tres partes en las que se tratan con detalle todas las materias propias de la primera enseñanza: lectura, ortografía y gramática, escritura, modelos de letras, aritmética, doctrina y catecismo. Son 236 folios que se completan con 52 láminas de letras y escritura, 13 de ellas manuscritas y el resto grabadas⁴¹.

Esta magnífica obra, tal vez la única que realmente nació con la pretensión de erigirse en manual de uso generalizado en las escuelas de la Compañía, se conserva hoy día en la Biblioteca Xeral de Santiago de Compostela (Ms. 319)⁴². Hubo otro ejemplar, parcial, que recogía tan solo las láminas grabadas por Gregorio Forsman⁴³ y Juan de Noort⁴⁴, hoy desaparecido⁴⁵.

⁴¹ Como es habitual en los maestros calígrafos cuando abordan la necesaria impresión de sus muestras, también el Hermano Santiago Gómez se lamentó por la dificultad de grabar las planchas y de reproducir en ellas la calidad de la letra escrita.

⁴² María Virtudes PARDO GÓMEZ, *Catálogo de Manuscritos da Biblioteca Xeral*, Santiago de Compostela, 1998, 73.

⁴³ Tenemos 17 láminas firmadas por este grabador (o grabadores, ya que padre e hijo compartieron nombre y profesión: ver Elena PÁEZ RÍOS, *Repertorio de grabados españoles...*, vol. I, 361). Su trabajo fue posterior al de Noort, realizado en los años 1669 y 1670, cuando el flamenco Noort ya se encontraba inactivo. Más datos sobre Forsman en Blanca GARCÍA VEGA, *El grabado del libro español. Siglos XV, XVI y XVII. (Aportación a su estudio con los fondos de las bibliotecas de Valladolid)*, Valladolid, 1984, vol 1, 138-139, y Emilio COTARELO, *Diccionario biográfico...*, vol. I, nº 364.

⁴⁴ Son seis las láminas firmadas por Noort, y se corresponden con las más tempranas de la colección, las realizadas en los años 1648, 1649, 1650 y 1651. De la obra de Juan de Noort, realizada entre 1621 y 1668, nos habla Blanca GARCÍA VEGA, *El grabado del libro español...*, vol. I, 134-136.

⁴⁵ Bartolomé José GALLARDO, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid, 1863-1889, III, nº 2358 (hay edición facsímil de Madrid, 1967-68), lo describió así: «En fol. Frontis. Libro todo de muestras, que son 33, abiertas con primor en bronce o cobre por Gregorio Fortsman [sic] y Medina, y alguna otra por J. de Noort. El frontis, que figura un retablo, está suscrito: “Bernabé de la Peña el Sordo delineó, 1663. Greg. Forstman sculpsit. Matriti 1665.” (...) Todo es primoroso en este libro: el gusto del pendolista y el primor del buril. El ejemplar que tengo a la vista no contiene texto alguno: acaso formaría este cuerpo aparte, que falta». Actualmente sólo conocemos, además del ejemplar completo en Santiago, la lámina que reproduce Emilio COTARELO en su *Diccionario biográfico...*, vol. 1, 310, hoy en la Biblioteca de la Residencia de Estudiantes (volumen de varias muestras de letra con signtaura R-634).

De su autor conocemos algunos datos. Santiago Gómez nació en Guilla-mil, en la provincia de Orense, en 1605. En 1624 comenzó su noviciado dentro de la Compañía de Jesús en el Colegio de Monforte, donde posteriormente se encargaría de la «escuela de leer y escribir», entre 1633 y 1660, siempre con el grado de coadjutor temporal; antes pasó un breve tiempo en el Colegio de Santi-ago, dedicado igualmente a la tarea de *ludimagister*, colegio en el que termina-ría su labor docente. Murió en este mismo colegio, el 6 de mayo de 1674⁴⁶.

El padre Gómez tuvo la clara intención de publicar este tratado escolar, y así se expresa en la carta del provincial que antecede su manuscrito, en la que se aprueba su edición a expensas aún de varias revisiones, en un intento evidente de retrasar la posible impresión⁴⁷. No consiguió su objetivo Santiago Gómez, a pesar de haber dedicado toda su vida a la enseñanza elemental dentro de la Compañía y haber escrito una gran obra que hubiera enriquecido el panorama caligráfico del siglo XVII⁴⁸. La sensación que nos produce la lectura de esa carta es que la Compañía no tenía interés alguno en publicar este libro, no a causa de contenidos alejados de la doctrina, sino por indiferencia hacia este tipo de enseñanza elemental. El propio Gómez da a entender esta despreocupación de la Compañía hacia las primeras letras cuando en la dedicatoria dice que hacía 46 años que se le había confiado la enseñanza de los niños en las escuelas de leer y escribir, y justifica la escritura de su tratado por la falta que hacía una obra de este tipo dentro de la Compañía:

«Y por si mi pobre monedilla podía passar entre los innumerables tesoros de libros de todas facultades, y ciencias, con que han enriquecido a su gran Madre tantos y tan sublimes ingenios hijos suyos: Por que entre ellos no faltasse libro dela enseñanza de los niños, y Arte de escriuir, de que no tenemos noticia aya escrito ninguno dela Compañía, ni sacado à luz libro de muestras de letras para esso: Por esta causa me dediqué a disponer este dela enseñanza delos niños de las

⁴⁶ Hemos tomado los datos biográficos de Evaristo RIVERA VÁZQUEZ, *Galicia y los jesuitas. Sus colegios y enseñanza en los siglos XVI al XVIII*, A Coruña, 1989, 472. Antes de él fue García Romero quien se ocupó de este maestro jesuita, en una serie de artículos plagados de errores, algunos de los cuales aún se extienden a Antón COSTA RICO, *Disposición y gobierno de la escuela jesuita*, in *Historia de la Educación*, vol. XII-XIII (1993-94), 471-492 (sobre todo la confusión entre láminas grabadas y manuscritas). La referencia de Celestino GARCÍA ROMERO, *Un Ourenzan que n'e de esquecer*, in *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense*, n^{os} 121, 122, 123 (1918) y 125 (1919), 89-94.

⁴⁷ Ver más datos sobre esta carta, y los términos de ella, en Ana MARTÍNEZ PEREIRA, *Manuales de escritura...*, ff. 255-256.

⁴⁸ Demuestra, además, ser un buen conocedor de la historia caligráfica española y europea, con menciones a autores italianos, holandeses y españoles, comparando sus métodos y estilo de letra.

Escuelas de leer, y escribir con todo lo perteneciente a su institucion en la virtud, y primeras letras...»⁴⁹.

Se observa un cierto desorden en el tratamiento de algunas materias: trata del corte de las plumas, la colocación del cuerpo para facilitar la escritura, el modo de trazar la letra cursiva, para volver de nuevo a los diferentes cortes de la pluma en función del grueso de la letra y definir, casi al final del tratado segundo de la primera parte, en qué consiste una buena escritura y hablar del origen de la cursiva. Incluye en esta parte un breve apunte sobre las cartas misivas, inserto entre la explicación de las ligaturas en la escritura y el rasgueo, y une en la segunda parte dos tratados tan diferentes como el dedicado a la Doctrina y otro sobre formas de letras curiosas, ornamentales y escritura cifrada. De nuevo en la tercera parte dos materias dispares: Ortografía y Aritmética.

Sin embargo no hay duda de la calidad y riqueza de este manual, ambicioso en sus contenidos. Especialmente interesante es la parte primera, con indicaciones muy precisas sobre el orden que debe seguir el maestro en la escuela y detalles de cómo debe ser este espacio de enseñanza (incluso aconseja sobre el modo de adornar el aula y opina sobre la disposición y planta del edificio)⁵⁰. A la cartilla y silabario⁵¹ le siguen las lecciones de escritura, precisas y muy prácticas (más extensas en lo que se refiere a la letra cursiva), siempre considerando al niño que debe recibirlas y sin olvidar el espacio y medios en los que se va a poner en práctica. No estamos ante una escuela o una enseñanza ideal, sino ante el modelo real que el hermano Gómez empleó con sus pupilos.

Llegamos al último y más importante de nuestros maestros, destacado calígrafo y excelente expositor de la teoría, con amplios conocimientos históricos y artísticos del arte. Su manual, dialogado, nos ofrece una completísima instrucción y análisis de los varios procesos y materiales vinculados a la práctica de la escritura y su aprendizaje, demostrando además una gran tolerancia en sus valoraciones y críticas.

Lorenzo Ortiz, *El maestro de escribir; la theorica y la practica para aprender y para enseñar este vtilissimo arte, con otros dos artes nvevos: vno*

⁴⁹ Cita en f. 53r. No tiene razón al afirmar la ausencia de esta materia dentro de la Compañía, aunque sin duda fue escasa la atención prestada a las primeras letras. Antes que él imprimieron artes de escribir los padres o hermanos de la Compañía Pedro Flórez, 1614 y Fernando de Narváez, 1640; con posterioridad lo haría Lorenzo Ortiz, 1696. De todos ellos tratamos en este trabajo; Víctor INFANTES, en estas páginas, nos recuerda las cartillas de lectura que emplearon (y escribieron) los jesuitas en sus escuelas.

⁵⁰ Son los capítulos dedicados a estos asuntos, en el tratado 1º de la 1ª parte, los que transcribe Antón COSTA RICO, *Disposición y gobierno...*, 475-483.

⁵¹ Lo vemos en Santiago GÓMEZ, ff. 69r-70r.

para saber formar rasgos: otro para inventar innumerables formas de letras, (Venecia, Paolo Baglioni, 1696).

Es una obra editada en formato folio, con 91 páginas de texto teórico desarrollado en forma dialogada entre un maestro y su discípulo, culminada con 34 láminas que en ocasiones son mencionadas en el texto para facilitar al lector la comprensión de la teoría⁵². Al final, 11 hojas en las que se reúnen los principales puntos explicados a lo largo de la obra, esta vez bajo la excusa de un examen propuesto al pretendiente a maestro. La mayor originalidad del volumen – dejando a un lado la calidad de sus presupuestos – radica en la personalidad encarnada por el maestro y el discípulo que dialogan, y que luego tiene su reflejo en el examen final.

En otras ocasiones hemos indicado que los usuarios esenciales de este tipo de manual de escribir son los niños (o adultos) que aprenden sus primeras letras, ya sea en la escuela o de forma autodidacta; en segundo lugar estarían aquellos que pretenden embellecer su caligrafía con la práctica y copia de modelos más perfectos; y finalmente, y creemos que es lo más habitual y mayormente representado, tenemos aquellos libros destinados al maestro, a modo de guía pedagógica para que ellos desarrollen el contenido en el aula, con sus alumnos⁵³.

El maestro de escribir de Lorenzo Ortiz es diferente en este sentido, y no encontramos en estos dos siglos otro caso similar, ya que su obra está pensada, dirigida y protagonizada por un aprendiz de maestro. El discípulo que, curioso, hace las preguntas siempre pertinentes y perfectas para que el lector vaya conociendo ordenadamente todo lo concerniente al arte de escribir, ya es buen escribano, e incluso ya ha tenido ocasión de demostrar sus conocimientos en el aula. Este libro sería algo así como un actual curso de formación del profesorado, y es, a este nivel de las primeras letras, la primera vez que esto ocurre. «Los libros impresos son de maravillosa ayuda para los hombres, que teniendo algunos buenos principios, se quieren perficionar en el Arte, que a estos sin duda les ayudarán grandemente, y les abrirán los ojos; no sólo para aprender ellos, sino para saber enseñar a otros: y este será el principal intento de mi obra», dice el propio Ortiz por boca de su «Maestro»⁵⁴.

⁵² No podemos asegurar que el número total de láminas fuera 34, pero cotejando los diversos ejemplares que conocemos de esta obra, esta es la cifra de láminas diferentes que hemos visto, aunque el ejemplar que presenta mayor número sólo tenga 33; ver datos en la tesis ya mencionada, Ana MARTÍNEZ PEREIRA, *Manuales de escritura...*, ff. 408-409.

⁵³ Una tipología de los manuales de escritura, en función de las materias contenidas, en Ana MARTÍNEZ PEREIRA, *Manuales de escritura...*, ff. 30-33.

⁵⁴ Lorenzo ORTIZ, *El maestro de escribir...*, 17.

De hecho, la Compañía disponía de los Seminarios de Letras Humanas para la formación específica de algunos de sus profesores, pero no acudían a ellos los maestros de primeras letras, a quienes estos preceptos de Ortiz les hubieran sido de gran utilidad⁵⁵.

De Lorenzo Ortiz sabemos que era hermano coadjutor de la Compañía⁵⁶ y que siempre se encargó de las aulas de la primera enseñanza en el Colegio de Cádiz, ciudad y colegio a quienes dedica la obra. Cuando escribió este manual ya estaba retirado del magisterio por su edad avanzada, retiro que le proporcionó el tiempo necesario para llevar a cabo este trabajo. Las láminas fueron grabadas por Gregorio Forsman, grabador de gran prestigio en el Madrid de finales de siglo (excepto dos, talladas por él mismo), ya que al padre Ortiz le importaba, mucho, la belleza del resultado final, como él mismo manifiesta en otras ocasiones⁵⁷.

Ortiz es más conocido por su producción emblemática⁵⁸, dedicación que era recomendada expresamente en la *Ratio Studiorum*⁵⁹, aunque tampoco sus dos obras de este género han sido estudiadas profundamente (sí recordadas en sendos trabajos de Bernat y R. de la Flor)⁶⁰. La importancia de la imagen dentro de la Compañía, y muy particularmente de la emblemática, ha sido suficientemente resaltada y no es este el momento de volver a ello⁶¹.

⁵⁵ Así lo debió de entender el maestro Marcos de las ROELAS, que unos años después escogería este manual para copiar algunos de sus preceptos y ofrecérselos, bellamente caligrafiados y ornamentados, al todavía príncipe Fernando VI, en su *Escuela de Prima Ciencia*, manuscrito sobre pergamino fechado en 1727. Marcos de las Roelas también copió a José de Casanova y en el título a Francisco SÁNCHEZ MONTERO y su *Escuela de Prima Ciencia*, Sevilla, 1713. Ver Ana MARTÍNEZ PEREIRA, *Un calígrafo español en la corte de D. João V: Marcos de las Roelas y Paz*, in *Entre Portugal e Espanha: Relações Culturais (séculos XV-XVIII)*. In *Honorem José Adriano de Freitas Carvalho*, Porto, *Península: Revista de Estudos Ibéricos*, nº 0 (2003), 365-366 y 368; y de la misma autora, *Manuales de escritura...*, ff. 176 y 406-407.

⁵⁶ Augustin et Aloys de BACKER / Carlos SOMMERVOGEL, *Bibliothèque...*, vol. V (1894), col. 1965, dice que entró en la Compañía en calidad de coadjutor en 1661; murió en 1698.

⁵⁷ Antonio BERNAT VISTARINI, *La emblemática de los jesuitas en España: los libros de Lorenzo Ortiz y Francisco Garau*, in *Emblemata Aurea. La emblemática en el arte y la literatura del Siglo de Oro*, (eds. Rafael Zafra y José Javier Azanza), Madrid, 2000, 60.

⁵⁸ Lorenzo ORTIZ, *Memoria, entendimiento y voluntad. Empresas que enseñan y persuaden su buen uso, en lo moral y en lo político*, Sevilla, 1677; Lorenzo ORTIZ, *Ver, oír, oler, gustar, tocar. Empresas que enseñan y persuaden su buen uso en lo político y en lo moral*, Lyon, 1687.

⁵⁹ Antonio BERNAT VISTARINI, *La emblemática de los jesuitas...*, 59.

⁶⁰ BERNAT habla de las obras emblemáticas de Ortiz en las páginas 60-64 de su artículo ya citado. De Fernando R. DE LA FLOR destacamos su *Ignacio de Loyola y Jerónimo Nadal. La teoría de la «visión»*, in *Teatro de la memoria. Siete ensayos sobre mnemotecnia española de los siglos XVII y XVIII*, Salamanca, 1988, 77-86.

⁶¹ Últimamente se han publicado varios estudios sobre este tema, en *Florilegio de Estudios de Emblemática*, A Coruña, 2004: Ralph DEKONINCK, *L'Emblématique jésuite à l'épreuve de*

Es Antonio Bernat quien nos dice que Ortiz era hombre «con pocos estudios pero con una enorme afición a las letras»⁶². Ciertamente que el padre Ortiz no alcanzó el más alto grado universitario, pero en los libros que imprimió observamos algo más que «afición» a las letras: hay mucha lectura, interés, conocimiento de autores clásicos y contemporáneos (con citas continuas de poetas del siglo XVII y anteriores) y, sobre todo, originalidad en la elección de los temas y en el estilo. Y esto sirve tanto para su creación emblemática, como para la caligráfica.

Nos queda una duda sobre la impresión de su manual de escritura, ¿Por qué este maestro de primeras letras, coadjutor, sin ningún cargo importante en la Compañía, retirado y con residencia en Cádiz, imprime su obra en Venecia, en la imprenta de Paolo Baglioni? Muchas obras que se usaban en los colegios de la Compañía se imprimían en Amberes, Lyon, Venecia, Nápoles, pero eran aquellas cuyo uso ya se había generalizado en las escuelas de la Compañía casi como obligatorias⁶³, mayoritariamente en latín, y nunca un arte de escribir castellano que nunca se pretendió instaurar en las escuelas. Creemos que esta elección – posible por las relaciones ya creadas con estas imprentas – tiene que ver con esa calidad final que siempre pretendía Lorenzo Ortiz en sus publicaciones. La edición de su 1ª obra emblemática, *Memoria, entendimiento y voluntad*, (Sevilla, Juan Francisco de Blas, 1677) no le satisfizo y por eso buscó mejores artífices para su segunda obra, tanto en el grabado como en la impresión, que se realizó en Lyon. Veinte años después aún debía de recordar su mala experiencia con la imprenta española.

Al principio mencionábamos a Francisco Pérez de Nájera como posible colofón de esta nómina. Cronológicamente deberíamos situarlo en primer lugar, ya que su *Orthographia castellana dividida en primera y segunda parte a modo de Diálogo entre dos niños de la escuela* fue editada en Valladolid,

l'illustration des Exercices Spirituels, 267-274; G. Richard DIMLER, *The jesuit emblem in the 18th century: a taxonomical inquiry*, 283-289, donde se plantea qué es lo que vieron los jesuitas en la emblemática para apropiarse de este modo de un género cuyo origen es absolutamente pagano (284-286), y deducir a partir de ahí las causas que llevaron a su declive en el siglo XVIII; Karl Josef HÖLTGEN, *The illustrations of Louis Richeome's La peinture spirituelle (1611) and jesuit iconography*, 447-458; Johannes KANDLER, *Ignatius of Loyola and the stone-clashing moment. Notes on the light-imagery of a saint in Jacob Bosch's Symbolografia*, 467-476; Alison SAUNDERS, *Sacred, secular or both: jesuit exploitation of the emblem in seventeenth-century France*, 607-613. Como nos recuerda Antonio BERNAT en *La emblemática de los jesuitas...*, 59, la *Ratio Studiorum* recomendaba a los escolares practicar la emblemática, aunque en el caso de Ortiz su tema e interés se alejan de los que movieron inicialmente a la Orden.

⁶² Antonio BERNAT, *La emblemática de los jesuitas...*, 59.

⁶³ Bernabé BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, *Los colegios de jesuitas...*, 668-669.

por el impresor Luis Sánchez, en 1604; comparte imprenta, como decíamos, con Pedro Flórez, aunque en el taller que Sánchez mantuvo temporalmente en Valladolid⁶⁴. Esta obra no fue de uso exclusivo de la Compañía, aunque su autor fuera jesuita. Nájera incluye en su ortografía una *Instrucción para enseñar bien a leer y escriuir*⁶⁵, en la que insiste sobre la conveniencia de aprender a pronunciar correctamente para poder escribir luego sin errores ortográficos, la cual fue copiada casi idéntica por Abraham de Fonseca en 1663⁶⁶.

Concluimos esta breve nómina de maestros calígrafos jesuitas con la impresión de que no figura este arte entre los más valorados por la Compañía⁶⁷, aunque no hay duda de la evolución, temprana, que se produjo en los colegios jesuitas en relación a la enseñanza de las primeras letras. Posiblemente, la insuficiente formación básica de los alumnos que acudían a las clases elementales de gramática, hizo necesaria esta oferta pedagógica en las escuelas de la Compañía. La realidad de esta presencia no se ve apoyada, sin embargo, por ediciones específicas, sino que debieron de adoptar los textos y métodos que ya circulaban y eran de uso común en las escuelas municipales.

Creemos que en los casos que hemos presentado, – que no son una selección, sino la totalidad de los manuales de los que tenemos noticia en ámbito jesuita –, esta vinculación o el hecho de haber sido escritos por padres de la Compañía, no responde a un plan de actualizar métodos, ya no digo generales, sino ni siquiera particulares para un colegio determinado y sí a un interés personal de sus autores hacia una práctica que trataban de dignificar y embellecer con normas y preceptos.

⁶⁴ Ver Víctor INFANTES y Ana MARTÍNEZ PEREIRA, *De las primeras letras...*, vol. 1, nº III, 170-196.

⁶⁵ Francisco PÉREZ DE NÁXERA, *Orthographía castellana...*, ff. 53r-56r.

⁶⁶ Abraham DE FONSECA, *Orthographía castellana... a modo de diálogo entre dos niños de la escuela*, [Amsterdam, 1663]. La obra de Fonseca toma como modelo la de Nájera, pero esta *Instrucción* está copiada a la letra.

⁶⁷ Emilio COTARELO en su *Diccionario biográfico...*, vol. 1, nº 546, en la entrada de «Jesuitas» dice: «Si bien los Padres de la Compañía de Jesús no han sobresalido como en otros estudios en este de la Caligrafía, no dejan, con todo, de presentar algunos cultivadores muy selectos». Y menciona, además de Pedro Flórez, Lorenzo Ortiz y Santiago Gómez, a: Pedro de Acevedo, García Blanca, Mateo Calvo, José Fernández, Antonio Prieto, Juan Bautista Roldán, José de Forca. Añadimos nosotros a Antonio Rodríguez, maestro en el colegio de Monterrey, en Galicia, quien dejó escrito un *Libro que contiene diversos alfabetos* (manuscrito, 1599) del que nos habla Evaristo RIVERA VÁZQUEZ, *Galicia y los jesuitas...*, 471-472; y un segundo nombre que nos descubre Santiago Gómez entre las páginas de su libro, este Marcos González que tanto le influyó y murió antes de terminar un libro «de toda suerte de letras» del que hoy no se tiene noticia alguna; S. GÓMEZ lo menciona tres veces en los *Preceptos de la pluma*, ff. 85r, 95r, 108v.